



# Los doce hermanos

*Jacob y Wilhelm Grimm*

HABÍA UNA VEZ UN REY Y UNA REINA QUE vivían felizmente con sus doce hijos, todos varones. Un día, el Rey dijo a su esposa: Si el hijo que has de tener ahora es una niña, deberán morir los doce mayores, para que la herencia sea mayor y quede el reino entero para ella

Y así, hizo construir doce ataúdes y ordenó llenarlos de virutas de madera, colocando además, en cada uno, una almohadilla. Luego dispuso que se guardasen en una habitación cerrada, y dio la llave a la Reina, con orden de no decir a nadie una palabra de todo ello.

La madre se pasaba los días llorando hasta que su hijo menor, que nunca se separaba de su lado y al que había puesto el nombre de Benjamín, como en la Biblia, le dijo, al fin:

—Mamá, ¿por qué estás tan triste?

—¡Ay, querido hijo! —le respondía—, no puedo decírtelo.

Pero el pequeño no la dejó ya en reposo, y, así, un día ella le abrió la puerta del aposento y le mostró los doce féretros llenos de virutas, diciéndole:

—Mi querido Benjamín, tu padre mandó hacer estos ataúdes para ti y tus once hermanos; pues si traigo al mundo una niña, todos ustedes habrán de morir y serán enterrados en ellos.

Y como le hiciera aquella revelación entre amargas lágrimas, quiso el hijo consolarla y le dijo:

—No llores, querida madre; ya encontraremos el medio de salir del apuro. Mira, nos marcharemos. Ella respondió:



Ilustración del libro *Fairy Tales Every Child Should Know*, Nueva York, 1915.



Ilustración de Hermann Vogel para el libro *Kinder-und Hausmärchen*, Braun & Schneider, 1922

—Vete al bosque con tus once hermanos y cuida que uno de ustedes esté siempre de guardia, y desde la cima del árbol más alto mire hacia la torre del palacio. Si nace un niño, izaré una bandera blanca, y entonces podrán volver todos; pero si es una niña, pondré una bandera roja. En este caso, huyan deprisa, y que Dios los guarde. Todas las noches me levantaré a rezar por ustedes: en invierno, para que no les falte un fuego con que calentarse; y en verano, para que no sufran demasiado calor. Después de bendecir a sus hijos, partieron al bosque. Montaban guardia por turno, subido uno de ellos a la copa del roble más alto, fija la mirada en la torre. Transcurridos once días, fue el turno de Benjamín, el cual vio que izaban una bandera. No era blanca, sino roja como la sangre, y les advertía que debían morir.

Al oírlo los hermanos, dijeron encolerizados:

—¿Que tengamos que morir por causa de una niña? Juremos venganza. Cuando encontremos a una muchacha, haremos correr su roja sangre. Se internaron en la selva, y en lo más espeso de ella, donde apenas entraba la luz del día, encontraron una casita encantada y deshabitada:

—Viviremos aquí —dijeron—. Tú, Benjamín, que eres el menor y el más débil, te quedarás en casa y cuidarás de ella, mientras los demás salimos a buscar comida.

Y fueron al bosque a cazar liebres, corzos, aves, palomitas y cuanto fuera bueno para comer. Todo lo llevaban a Benjamín, el cual lo guisaba y preparaba para saciar el hambre de los hermanos. Así vivieron juntos diez años, pero el tiempo para ellos pasó rápidamente.

La niña que la reina diera a luz había crecido; era hermosa, de muy buen corazón, y tenía una estrella de oro en medio de la frente. Un día, vio entre la ropa doce camisas de hombre y preguntó a su madre:

—¿De quién son estas doce camisas? Pues a mi padre le quedarían pequeñas.

—Hijita mía, son de tus doce hermanos, —respondió la Reina con el corazón oprimido.

—¿Y dónde están mis doce hermanos? —dijo la niña—. Jamás nadie me habló de ellos. La Reina le dijo entonces:

—¿Dónde están?, sólo dios lo sabe. Andarán errantes por el vasto mundo.

Y, llevando a su hija al cuarto cerrado, abrió la puerta y le mostró los doce ataúdes, llenos de virutas y con sus correspondientes almohadillas. Estos ataúdes —díjole— estaban destinados a tus hermanos, pero ellos huyeron al bosque antes de nacer tú, y le contó todo lo ocurrido. Dijo entonces la niña:

—No llores, mamá, yo iré en busca de mis hermanos. Y tomando las doce camisas se puso en camino del espeso bosque. Anduvo durante todo el día, y al anochecer llegó a la casita encantada. Al entrar en ella encontróse con un niño, el cual le preguntó, maravillado

de su hermosura, de sus regios vestidos y de la estrella que brillaba en su frente: ¿De dónde vienes y qué buscas aquí?

—Soy la hija del Rey —contestó ella— y voy en busca de mis doce hermanos. Estoy dispuesta a caminar bajo el cielo azul hasta que los encuentre. Le mostré al mismo tiempo las doce camisas, con lo cual Benjamín conoció que era su hermana.

—Yo soy Benjamín, tu hermano menor —le dijo. La niña lloró de alegría, al igual que Benjamín, y se abrazaron y besaron con gran cariño. Después dijo el muchacho:

—Hermanita mía, queda aún un obstáculo. Hemos jurado que toda niña que encontremos morirá a nuestras manos, ya que por culpa de una niña hemos tenido que abandonar nuestro reino.

A lo que respondió ella:

—Moriré gustosa, si de este modo puedo salvar a mis hermanos.

—No, no —replicó Benjamín—, no morirás; ocúltate debajo de este barril hasta que lleguen los once restantes; yo hablaré con ellos y los venceré. Lo hizo así la niña. Al anoecer, los hermanos regresaron de la caza y se sentaron a la mesa. Mientras comían preguntaron a Benjamín:

—¿Qué novedades hay?

A lo que respondió su hermanito:

—¿No sabéis nada?

—No —dijeron ellos.

—¿Conque habéis estado en el bosque y no sabéis nada, y yo, en cambio, que me he quedado en casa, sé más que vosotros? —replicó el chiquillo.

—Pues cuéntalo, le pidieron.

—¿Me prometen no matar a la primera niña que encontremos?

—Sí —exclamaron todos—, la perdonaremos; pero cuéntanos ya lo que sepas.

—Nuestra hermana está aquí —y, al levantar el barril, salió la princesita con sus regios vestidos y la

estrella dorada en la frente, más linda y delicada que nunca. ¡Cómo se alegraron todos y cómo se le echaron al cuello, besándola con ternura!

La niña se quedó en casa con Benjamín para ayudarle en los quehaceres domésticos, mientras los otros once salían al bosque a cazar corzos, aves y palomitas para llenar la despensa. Benjamín y la hermanita cuidaban de guisar lo que traían. Ella iba a buscar leña para el fuego y hierbas comestibles, y cuidaba de poner siempre el puchero en el hogar a tiempo, para que al regresar los demás encontrasen la comida dispuesta. Se ocupaba también de la limpieza de la casa y lavaba la ropa de las camitas, de modo que estaban en todo momento pulcras y blanquísimas. Los hermanos hallábanse contentísimos con ella, y así vivían todos en gran unión y armonía.

Un día, los dos pequeños prepararon una sabrosa comida, y cuando todos estuvieron reunidos, celebraron un verdadero banquete. Comieron y bebieron más alegres que nunca. Pero ocurrió que la casita encantada tenía un pequeño jardín en el que crecían doce lirios. La niña, queriendo obsequiar a sus hermanos, cortó las doce flores para regalar una a cada uno durante la comida. Pero en el preciso momento en que acabó de cortarlas, los muchachos se transformaron en cuervos y huyeron volando por encima del bosque, al mismo tiempo que se esfumaba también la casa y el jardín. La pobre niña se quedó sola en plena selva oscura y, al volverse a mirar a su alrededor, encontróse con una vieja que estaba a su lado y que le dijo:

—Hija mía, ¿qué has hecho? ¿Por qué tocaste las doce flores blancas? Eran tus hermanos, y ahora han sido convertidos para siempre en cuervos.

A lo que respondió la muchachita, llorando:

—¿No hay, pues, ningún medio de salvarlos?

No —dijo la vieja—. No hay sino uno solo en el mundo entero, pero es tan difícil que no podrás libentar a tus hermanos, pues deberías pasar siete años como muda, sin hablar una palabra ni reír. Una palabra sola

que pronunciases, aunque faltara solamente una hora para cumplirse los siete años, y todo tu sacrificio habría sido inútil: aquella palabra mataría a tus hermanos.

Entonces, la princesita se dijo en su corazón: “Estoy segura de que redimiré a mis hermanos”. Y buscó un árbol muy alto, se encaramó en él y allí se puso a hilar, sin decir palabra ni reírse nunca. Sucedió, sin embargo, que entró en el bosque un Rey que iba de cacería. Llevaba un gran lebrél, el cual echó a correr hasta el árbol que servía de morada a la princesita y se puso a saltar en derredor, sin cesar en sus ladridos. Al acercarse el Rey y ver a la bellísima muchacha con la estrella en la frente, quedó tan prendado de su hermosura que le preguntó si quería ser su esposa. Ella no le respondió de palabra; únicamente hizo con la cabeza un leve signo afirmativo. Subió entonces el Rey al árbol, bajó a la niña, la montó en su caballo y la llevó a palacio. Celebróse la boda con gran solemnidad y regocijo, pero sin que la novia hablase ni riese una sola vez.

Al cabo de unos pocos años de vivir felices el uno con el otro, la madre del Rey, quien era una mujer malvada, empezó a calumniar a la joven Reina:

—Es una vulgar pordiosera esa que has traído a casa; quién sabe qué perversas ruindades estará maquinando en secreto. Si es muda y no puede hablar, siquiera podría reír; pero quien nunca ríe no tiene limpia la conciencia.

Al principio, el Rey no quiso prestarle oídos; pero tanto insistió la vieja y de tantas maldades la acusó, que al fin el Rey se dejó convencer y la condenó a muerte. Encendieron en la corte una gran pira donde la reina debía morir abrasada. Desde una alta ventana, el Rey contemplaba la ejecución con ojos llorosos, pues seguía queriéndola a pesar de todo.



Y cuando ya estaba atada al poste y las llamas comenzaban a lamerle los vestidos, sonó el último segundo de los siete años de su penitencia. Oyóse entonces un gran rumor de alas en el aire y aparecieron doce cuervos, que descendieron hasta posarse en el suelo. No bien lo hubieron tocado, se transformaron en los doce hermanos, redimidos por el sacrificio de la princesa. Se apresuraron a dispersar la pira y apagar las llamas, desataron a su hermana y la abrazaron y besaron tiernamente. Y puesto que ya podía abrir la boca y hablar, contó al Rey el motivo de su mutismo y de por qué nunca se había reído. Mucho se alegró el Rey al convencerse de que era inocente, y los dos vivieron juntos y muy felices hasta su muerte. La malvada suegra hubo de comparecer ante un tribunal y fue condenada. Metida en una tinaja llena de aceite hirviendo y serpientes venenosas, encontró en ella una muerte espantosa. ■■